

Suboficiales en la Historia

SARGENTO LOPEZ MUÑOZ,

CUATRO HERIDAS EN EL TRANSCURSO DE UNA ACCION



EN un hogar de la capital de la Alhambra, nace el 23 de marzo de 1886, el que andando el tiempo habría de ser conocido por toda la Infantería española como Sargento López Muñoz. Vive una infancia plagada de carencias y asiste cuando adolescente al triste espectáculo nacional de los repatriados de ultramar. Muy joven, pasa a trabajar en una almazara de su ciudad natal hasta el momento de entrar en quintas con el sorteo de 1907.

Le ha «tocado» a Africa y en consecuencia, cruza el Estrecho para incorporarse a su unidad: Regimiento del Serrallo, n.º 69, pisando tierra africana en la primavera de 1908, en la plaza de Ceuta.

Resuenan ya ecos de inquietud en las unidades del territorio. Los programas de instrucción se hacen agotadores, de sol a sol y sin apenas conceder descanso para otras actividades que no sean las apremiantes del ejercicio de las armas. El soldado López Muñoz, absorbido por el ambiente militar que le rodea, decide asistir a los cursos de cabo y en agosto de 1909, obtiene los galones de su primer empleo.

En esta fecha ha estallado ya la Guerra de Melilla o «del Nueve»,

como era conocida indistintamente por las gentes de la época. Durante el desarrollo de la campaña, que duró exactamente 4 meses y 18 días, López Muñoz permanece en Ceuta, que a la sazón era una especie de retaguardia activa por donde pasaron en escala hacia Melilla, parte de los 40.000 soldados procedentes de la Península, al mando de 1.770 jefes y oficiales. Igualmente hubieron de recibir asistencia en el hospital de Ceuta muchos de los 4.000 heridos de aquella rápida campaña, que para siempre dejó en tierras del Rif a 500 españoles.

La siguiente fase de la Guerra de Africa, campaña del Kert, desarrollada entre 24 de agosto de 1911 y 16 de mayo de 1912, tampoco cuenta entre sus participantes con el joven sargento de 25 años, López Muñoz; éste permanece con su regimiento desarrollando actividades de vigilancia en la zona de cábilas cercana a Ceuta. Los ánimos están exaltados entre los moros y en cualquier momento puede esperarse un ataque contra las posiciones españolas, que pese a no existir beligerancia expresa en la zona del Estrecho, las alambradas y fortificaciones son parte inseparable del paisaje.

A primeros de 1911, Francia ocupa Fez, y España Alcazarquivir en junio de ese mismo año. La decisión de ambas naciones viene motivada por la anarquía y los desórdenes sangrientos habidos en territorio marroquí, que hacen entrar en vigor los términos del acuerdo secreto firmado en 1904 por las dos potencias vecinas. Así, el Ejército español comienza una larga época de convivencia con el francés, lo que habrá de

dar lugar a roces y problemas, para cuya solución será necesaria la intervención diplomática, quedando definitivamente fijados los límites de influencia por parte española y francesa, en virtud de las negociaciones de Madrid, finalizadas en noviembre de 1912.

El año 13 es de protagonismo indiscutible para las tropas destacadas en la zona próxima a Yebala. Diríase que desde la pacificación del Kert, el fuego se ha corrido de Melilla a Ceuta para asentarse en esta plaza con caracteres especialmente persistentes. Precisamente en enero de este mismo año, el sargento López Muñoz pasa destinado a la Península, al Regimiento de Infantería Córdoba n.º 10, de guarnición en Granada; mas su permanencia en la tierra natal apenas dura poco menos que un permiso, porque en junio, embarca nuevamente rumbo a Ceuta; esta vez con su nueva unidad y en disposición a entrar en combate tan pronto el mando lo considere oportuno.

España ya está en Tetuán. El Jaliifa ocupa su residencia desde que fuera nombrado por el gobierno hispano. La dignidad ha recaído sobre Muley el Mendi; pero un aspirante al cargo, Muley Ahmed ben Mohamed Rausini, se ha sentido despreciado y a partir de este momento se autoproclama «Jalifa de la Montaña», declarándose en guerra santa contra todo lo español.

López Muñoz es destinado a la posición de Cudia Federico y precisamente por su conocimiento de aquellos territorios y la psicología del marroquí, se le designa como escolta de los convoyes que abastecen

a los puestos avanzados dependientes de la posición base.

La misión asignada al sargento López Muñoz, es de las más arriesgadas de cuantas se pueden desempeñar en el Rif Occidental, ya que el Rausini y sus harqueños han tomado a estos transportes como principales objetivos de sus ataques, tanto por lo que de rapiña pueden obtener como por el doble interés de dejar aislados a los puestos de vanguardia.

A primeros de junio, el mando español tiene noticia de que el Rausini está preparando una ofensiva contra Tetuán. El general Primo de Rivera recibe orden del Alto Comisario de cortar el paso al cabecilla e impedir que lleve a cabo sus propósitos. A tal fin, ocupan las tropas españolas el poblado de Laucien. Al día siguiente, 12 de junio, cuando una columna está atravesando el río Martín, aparece el caudillo marroquí con un nutrido grupo de cabileños, librándose reñidísimo combate que tras varias horas de indeciso resultado, acaba cubriendo el campo de cadáveres y enrojeciendo las aguas transparentes del Mediterráneo. Este incidente, marca la fecha de arranque a la tercera fase de la Guerra de Africa.

El 15 de agosto, parte de Cudia Federico un convoy que habrá de recorrer un largo trayecto hasta alcanzar las posiciones avanzadas de Fahama, Alfersion y Federico. Frente a la comuna de acémilas y hombres, se alzan los montes del Rif, azuleando hasta fundirse con la claridad que apunta el alba. Abajo, terminada la cuesta por donde descienden, extiéndose el llano de los Castillejos, basto cuenco sembrado de chumberas y espinos enredados entre peñas.

Componen los elementos de transporte, nueve mulos cargados de víveres, municiones y correspondencia por los destacados. A cargo de las bestias y en misión de escolta, van 38 hombres mandados por el teniente Díaz Martín y de segundo jefe el sargento López Muñoz.



Manuel López Muñoz, pocos meses antes de su muerte.

Llevan largo rato de andadura por el llano y al fondo, cerca ya de los cansados caminantes, álzase un montículo en cuya cima alcanza a verse la silueta cuadrilonga de una casamata. Allí habrán de descansar un rato, dejando parte de la carga, para proseguir después hasta dar fin a su viaje en el último de los reducidos españoles.

Al pie del altozano donde se halla el puesto de Fahama, unas chumberas de aspecto boscoso van a ser reconocidas por la escuadra de vanguardia. Rodean el matorral los cinco componentes de la patrulla y al instante, como si una súbita tormenta se hubiese desatado en torno a la maraña espinosa, mil rayos de fuego parten de su interior fulminando en el acto a la totalidad del minúsculo destacamento.

Apenas sin tiempo para reaccionar por el resto de la escolta, el oficial intenta dirigir una rápida maniobra defensiva para después contraatacar sobre las chumberas; pero un balazo en el hombro le hace tambalear y un segundo impacto en pleno rostro, acaba con él en tierra.

El sargento se hace cargo de la defensa del convoy en el mismo momento en que el teniente queda fuera de combate. Da orden de retirar los mulos de la zona batida por el adversario y comienza a dirigir el fuego de sus hombres.

Los harqueños, cuya táctica más elemental les aconseja eliminar siempre al jefe de la fuerza enemiga, disparan contra el sargento y un proyectil hace blanco en su brazo izquierdo; pese a ello, en pie y con el

arma empuñada, ordena un primer avance hacia las chumberas. Recibe un segundo impacto, ahora en la cadera. El fuego continúa y los moros, muy numerosos, destacan un grupo hacia la vaguada donde están los mulos. Al salir al descubierto, una descarga a la orden de López Muñoz los abate al suelo.

El sargento cae de rodillas y arrastrándose con una pierna, persiste en el avance de la sección. La energía con que ha sido rechazada la emboscada pone a prueba la perseverancia del enemigo, más habituado al golpe por sorpresa que al combate formal, y a poco los moros comienzan a retirarse, parapetándose ya en los matorrales y peñascos que destacan sobre el llano.

En el destacamento próximo han observado la detención del convoy. El eco de los disparos transmite en morse de pólvora el mensaje de ayuda que ningún hombre hubiese podido hacer llegar hasta la posición.

El Teniente Gómez Cabanillas se dirige ya con su sección hasta el lugar de la lucha y cuando llega, encuentra a un hombre ensangrentado que momentos antes acaba de recibir otros dos impactos en el brazo derecho. Con la voz pastosa, los ojos vidriados y movimientos torpes, aquel sargento sigue alentando la acción de sus hombres, sólo 11 de los 38, los demás han sido bajas.

El convoy entró una hora más tarde en la posición de Fahama. López Muñoz fue trasladado, junto con algunos heridos más, al hospital marítimo de Ceuta y el 5 de octubre era pasaportado a Granada con licencia por herido de guerra.

Al año siguiente, 1914, se le somete a reconocimiento y es declarado inútil; había quedado cojo de la pierna izquierda y con la mano derecha totalmente atrofiada.

Este heroico sargento, recibió la Cruz Laureada de San Fernando el día 6 de marzo de 1917. Después, seguiría prestando servicio como mutilado y alcanzaría el empleo de alférez, divisa con que le sorprendió la muerte ya en la ancianidad.